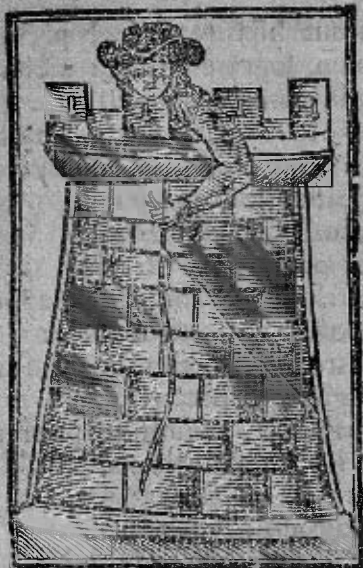


*Las tres princesas en
cantadas 25*



Las bellas chicas estoy enamorado de ellas

LAS PRINCESAS ENCANTADAS

Y DESLEALTAD DE HERMANOS.

PRIMERA PARTE.

Aquel indómito monstruo,
 que fingió la idolatría,
 poblado de alas y lenguas,
 que fama le preconizan,
 para que al orbe terreno
 en los mas remotos climas
 pueda con sus dulces voces
 á todos darles noticias:
 Esta misma fama sea
 la que en la ocasion me sirva
 de resonante clarín,
 con cuyas voces melifluas
 dé á luz una nueva historia,
 que por lo mismo es digna
 que en lápidas de alabastro
 para eterno esté esculpida,
 cuyos dulces epitectos

pueden servir de doctrina
 para no fiar ninguno
 de criatura nacida.
 Mas dejando digresiones,
 es bien la historia prosiga.
 Cuando el Catolico Rey,
 que globos de estrellas pisa,
 San Fernando Rey de España,
 lanzó la secta Morisca
 de España, de sus dominios
 con su invencible cuchilla
 muchos nobles caballeros
 descendientes todavía
 de los primeros cristianos
 que hubo cuando la conquista,
 fue en ellos un poderoso,
 el cual por su bizarría

fue luego electo por rey
en las fértiles provincias
de las partes del oriente
que se nombraba la Siria.
Era su nombre Clotaldo,
era casado, y tenía
de su feliz matrimonio,
la belleza de tres hijas,
que en las humanas deidades
llevaban la primacia.
Viéndolas el rey su padre
que pocos las merecian
y muchos los que aspiraban
subir á tan alta dicha,
ordenó hacer un castillo
de vistosa simetría,
y de altura formidable,
que aun la mas aguda vista
sus pirámides y árnidas
penetrarlas no podian:
allí dispuso encerrarlas
con infernal inventiva,
pues buscó un mágico sábio
que con hechizos hacía
nigrománticos enredos:
á este el rey notifica
haga un fuerte encantamiento
para que no puedan ser vistas,
ni vencidas de ninguno,
hasta que el rey lo permita,
dejándolas emplazadas
como en clausura continua,
y fue el poner tres caballos,
(ó satánicas harpías!)
para cada una el suyo,
donde el encanto se cifra:
Despues despachó un decreto
en toda su monarquía,
que cualquiera caballero,
ó noble de sangre limpia,
que pueda entrar en la torre,
si aquel encanto conquista

en sus hijas tendrá el premio:
quien logrará aquesta dicha
serán casados con ellas,
sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el rey
la dificultad que habia,
y con esta confianza
por premio las ofrecia.
Corrió en todos sus estados
velozmente esta noticia:
á este tiempo tres hermanos
de gallarda bizarría,
caballeros, y aunque pobres,
de ilustre genealogía,
nacidos en Dinamarca,
dispusieron valerosos
el partirse á grande prisa,
por ver si la feliz suerte
quiere que tal bien consigan.
Ya los tres reconoeidos
dejan su patria, y caminan
hasta llegar á la corte,
y con la atencion debida
dijeronle al rey su intento,
y al punto mandó que pidan
todo lo menesteroso
de cuanto se necesita,
con la sentencia, y el cargo,
que el que fuere á la conquista
si no salen con la empresa
luego será dividida
de su cuerpo la cabeza
castigando su osadía.
Pidió el mayor, y el segundo,
caballos, y armas lucidas,
y el menor pidió que un carro
tan solamente queria
con dos bueyes, y que en él
poner para muchos dias
gran prevencion de sustento
de comidas, y bebidas,
muchos clavos, y una cuerda

de largura sin medida:
hechas estas diligencias,
que ya de jo referidas,
salen los dos á caballo,
y dentro de pocos dias
le dieron vista al castillo,
y á su eminencia se arriman,
mas luego experimentaron
sus diligencias perdidas;
pues viendo la elevacion
fallecen, y desaniman,
sin hallar en sus contornos
poblacion grande, ni chica
donde saciar la hambre y sed
que los affige, y fatiga.
Algunos dias gastaron
dando ideas discursivas
como poder conquistar
torre tan fortalecida;
mas viendo no ser posible,
ya cansados determinan
volverse para su patria,
sin premio á tanta fatiga:
tomaron la propia senda
que antecedente traian,
y en medio de ella encontraron
al hermano que venia
muy poco á poco en su carro
con prevencion de comida,
y al verlo le propusieron
los imposibles que habia
para conquistar el fuerte,
que se vuelva, y no prosiga:
no bastaron persuasiones,
plegarias ni rogativas.
Despues que hubieron comido
volvieron en compañía,
llegaron segunda vez
á la encantada alquería,
hicieron alto, y descargan
los víveres que traian:
fue el mancebo examinando

la torre, que no tenia
puerta, puente, ni rastrillo,
ventanas, ni zelosías,
y bien registrada toda,
cintó á su cintura misma
una vanda, y en la cual,
los fuertes clavos afirma,
cogió un clavo y una cuerda,
y un buen martillo en la cinta,
y al fijar el primer clavo,
vieron que se estremecia
el encantado castillo
y dentro una gritería,
que á no ser su valor tanto
no siguiera su porfia.
Siguiendo su operacion
sin temor, ni cobardía,
poniendo clavos, y haciendo
para subida, su vida.
Con artificiosa maña,
y astucia tan bien lucida
llegó al axtremo postrero,
y apenas sus cumbres pisa,
le salieron al encuentro
tres hermosísimas ninfas,
mostrando ser sus bellezas
aun mas que humanas divinas,
diciéndole quién sois, jóven,
que con tan libre osadia
has profanado el decoro
de este alcázar, donde habitan
tres princesas? Pues tu muerte
pagará tal demasia.
El respondió: Pues, Señoras,
como ese favor consiga
de morir á vuestros ojos,
causará mi muerte envidia,
y asi tendreis por sabido
que como ustedes permitan
que las libre de este encierro,
aunque para la salida
todo el mundo se me oponga

no es posible que me rindan.
Uniforme respondieron;
pues como el valor te asista,
todas tres obedecemos
muy grandemente propicias,
que te será bien premiado,
mas para eso precisa
que á tres hermosos caballos,
que en este castillo habitan,
á cada uno una cerda
les quitarás, que en las mismas
está nuestro encantamiento,
y tenlos en mucha estima,
porque en cualquiera fracaso
que te halles no te affijas,
si el elemento del fuego
á cada uno le aplicas.
Esto dijeron, y luego
á una cuadra lo encaminan,
donde estaban tres pegasos
de tres figuras distintas;
hizo lo ya referido,
las guarda, y á grande prisa
dispuso bajar las dams,
que del placer y alegría,
mil parabienes le daban,
con ternezas y caricias,
y al impulso de la cuerda
á la hermana mayor liga,
y con valor increíble
en tierra la deposita,
lo mismo fue la segunda,
quedó sola la mas chica:
le dijo: Joven gallardo,
toma aquesta gargantilla,
que en valor, poder, y hechura
otra alguna no la imita,
y aunque diversos trabajos
te atormenten y persigan,

jamás te enagenes de ella,
que podrá ser que algun día
te importe, y con esto el cielo
te libre como nos libras;
con esto descendió al suelo
con la misma valentía.
Y habiéndolas ya librado
de esclavitud tan indigna,
le tiraron de la cuerda.
¡Quién vió mayor bastardía
entre hermanos! pues se halló
con la esperanza perdida
de bajar, pues ni aun los clavos
que hincados en ella habia
le dejaron los hermanos,
con infernal avaricia,
conociendo que su hermano
todo el premio merecia.
Envidiosos dispusieron
ponerse luego en huida
montándolas en sus brutos,
volaban y no corrian
hasta llegar á la corte,
donde el rey se maravilla
en ver á sus hijas libres,
que aun viéndolas no creia;
ellas guardaron secreto:
solo dijeron que habian
por los dos sido libradas,
y viendo el rey que eran nobles
al proviso determina
desposar las dos mayores
con fiestas muy deleitibas,
y porque pide esta historia
tiempo para referirla,
pide Alonso de Morales
que atencion se le permita,
pues que la segunda parte
nada tardará en decirla.

FIN.

Esta tierra es de Suecos,
y segun dice ese trage
vos no sois de aqueste reino;
no amigo, le réplíco;
soy un pobre forastero,
que buscando mi fortuna
me ha traído á tal extremo;
y por quien sois os suplico
que nuestras ropas cambiemos,
bien conocéis la mejora
que se os sigue en concederlo:
cambiaron, y quedó armado
nuestro noble caballero,
todo vestido de pieles,
y de un reciente cordero
de la piel hizo una gorra
á fin de cubrir el pelo:
vestido á lo pastoril,
tan tosco como grosero,
tan otro y tan demudado,
que daba irrision el verlo,
pues no era dable en el mundo
nadie pueda conocerlo,
pidiendo á algunos limosna
pasaba de pueblo en pueblo.
Llegó al reino donde estaban
sus hermanos, que de cierto
estaba ochocientas leguas:
lo cual gasto mucho tiempo,
y con las calamidades,
trabajos y contratiempos
mudó la facion del rostro
muy distinto del primero.
Fingia llamarse Juan,
y con estos fingimientos
se hizo loco declarado,
pues ya para conocerlo
decian Juanillo el loco,
no dándole en nada asenso.
En aqueste tiempo el rey
á su hija por momentos
la decia se casase,
para llevar en muriendo
el consuelo que quedaban
todas tres ya con empleo:

á sumisiones y ruegos,
hasta ver si la fortuna
la tria el dulce objeto
á quien dió la gargantilla,
como referido de jo.
Dijole á su padre un dia,
que ordenase unos torneos,
y aquel que la mereciese
por mas galan y mas diestro,
que luego ofrece rendirse
á los lazos de himeneo.
Promulgó el rey al instante,
que vengan aventureros
á las justas á su corte,
con el apercebimiento,
que ofrece dar á su hija
sin el menor detrimento.
Muchos señores ilustres
de varias partes vinieron.
Llegó la propuesta tarde,
y puestos ya en el torneo,
con la mayor bizarría,
dieron principio al manejo.
Vamos al loco fingido,
que en aqueste mismo tiempo,
puesto fuera de poblado,
donde no pudieran verlo,
sacó la primera cerda,
hizo lumbre y le dió fuego,
y vió junto á si caballo
con silla, jaez y freno,
con dos jóvenes al lado,
donde en breve lo vistieron
de unas hermosas prenas,
cual segundo Gerineldo.
Entró en el palenque, y todos
deseaban conocerlo;
pero no pudo ninguno
por mas que hicieron extremos,
ganando en primor á cuantos
á la funcion concurrieron.
Y rematada la fiesta
salíó mas veloz que un trueno;
para la tarde segunda
mandó el rey q̄ en varios puestos

para poder conocerlo:
luego que llegó la hora
pronto, liberal y diestro
quemó la cerda segunda,
y mas veloz que los vientos
llegó el caballo, y con él
seis criados, que su aseo,
y las costosas libreas
eran de todas espejos.
Ganó en todas con ventaja
á mas que el dia primero;
quieren detenerle el paso,
pero todo fue superfluo,
pues sin ver por donde iba,
de la vista lo perdieron:
para la tarde tercera
quiso el rey ser buen tercero:
mandó que aquel territorio
que circumbalaba el cerco
lo amufallasen con tablas,
y con muy altos maderes,
que aunque se transforme en ave
para huir no pueda hacerlo;
fue aquella tarde el concurso,
por el gran gentío inmenso;
volvió á hacer su operacion,
quemó la cerda en efecto,
como hizo en las primeras,
y luego un caballo negro
llevó con doce criados,
y de hermoso terciopelo,
y carmesí los vestidos,
y el suyo con oro terso,
de diamantes guarnecidos
que causaba envidia el verlo;
de suerte que aquella tarde
sobre todas echó el resto,
y á la hora de ausentarse
entró volando y corriendo:
fue otro volador Pegaso,
dejando á todos suspensos,
pues saltó aquella eminencia
qual un ave pudiera hacerlo.
Se fue sin que averiguasen
quien fuese aquel caballero,

hija y padre á un mismo tiempo
pero la discreta Dama
á sus solas y á su intento
dibujó una gargantilla
á el arte, forma y modelo
de la que le dió en la torre
al que ignora, y está viendo:
díjole á su padre entonces
que se buscasse un maestro,
que sin que le falte un punto
haga otra, pues su intento
es ver si hallaba la suya,
y sin que haya remedio
promete ser digna esposa
de aquel que la tenga, y esto
se puso luego por obra,
se buscó entre los mas diestros
á el mas sapiente Alquimista
que habia entre los expertos.
A este tiempo habia entrado
á servirle de mandadero
Juanillo, el fingido loco,
pasando plaza de serlo:
dióle el rey dicho dibujo,
estrechándole y diciendo,
que en el tiempo de dos meses
con primor, arte y concierto,
se ha de hacer la gargantilla,
y que de haber falta en ello,
al impulso de un verdugo
le hará dividir el cuello.
Llevó el dibujo á su casa,
y luego fue previniendo
las esmeraldas mas finas
los diamantes de mas precio;
mas con todo no podia
hacerla, y entonces viendo
que se pasaban los dias,
y el tiempo se iba cumpliendo
era sin igual la pena,
por saber que sin remedio
moriria, si no hacia
lo que habia propuesto;
viéndole su mozo triste,
díjole: Señor, yo quiero

de la tristeza en que os veo,
por ver si á vuestros pesares
algo remediarlos puedo:
por último, se lo dijo,
que es alivio del enfermo
el comunicar sus males,
que en parte se alivia en ellos.
Dijole á el amo: Señor,
sin duda alguna me atrevo
á hacerla mejor mil veces
que lo que el rey ha propuesto,
para lo cual en un cuarto
donde haya el mayor silencio
pónganme todos avios
de herramienta y de sustento,
sin que me vean, ni entiendan,
que yo á mí solo me entiendo;
mas como arriesgaba poco
no hubo duda en concederlo.
Todo lo menesteroso
le puso en un aposento,
dejándole allí encerrado,
y él muy alegre y contento
por saber bien que en su mano
pendía todo el enredo.
Muchas veces iba el amo
con gran secreto á verlo,
y lo hallaba recostado
muy descuidado durmiendo:
y viendo que ya quedaba
el tiempo corto y estrecho,
comienza á salutar la casa
contemplándose ya muerto.
Con esta sin igual pena
llegó el día postrimero,
y el amo triste y lloroso
fue aquel mismo día á verlo,
y apenas entró, le dijo:
Pues, Juan simple: ¿qué tenemos?
Mas él con fingida risa,
y con agradable ceño
le dijo: ya nuestro amo
no ha de ser el rey sangriento
contra vos, pues ya la prenda

con todo primor se ha hecho
sacando la gargantilla,
que fue el origen primero,
quedándose el amo absorto,
pues ignoraba el misterio,
mil parabienes le daba,
con muchos ofrecimientos;
la tomó, y se fue á palacio,
y en las manos del rey mesmo
la puso; pero la infanta
luego al punto que la dieron
la noticia, vino á verla,
y la conoció al momento,
diciendo: ¿qué lapidario
es de aquesta obra el dueño?
¿quién hizo tan bella alhaja,
porque quiero conocerlo?
Y el maestro receloso
no le cojan en enredo,
conto desde su principio
toda la verdad del hecho;
entonces dijo la Infanta,
ya, padre, se llegó el tiempo,
y sea quien fuere el sugeto.
Al palacio fue llevado,
mas luego se conocieron,
solamente que los dos
supieron guardar secreto
hasta mejor ocasion,
como en efecto lo hicieron.
Le fue fuerza al rey casarla,
aunque con gran sentimiento,
pues de un ciento de amantes
quiso á un hombre sin asiento.
Sus hermanas y cuñados
la decian vituperios;
mas poco tiempo duró
desatar aqueste enredo.
Y para dar finiquito
de este admirable compendio,
quiere Alonso de Morales
darlo todo por extenso,
y en otra tercera parte
deshacer quejas y duelos.



LAS PRINCESAS ENCANTADAS.

TERCERA PARTE.

Teniendo la hermosa Infanta sus gustos ya conseguidos de su gargantilla y dueño que la libró del peligro, no dudó el darle la mano, como había prometido, causando en el rey tal pena que fue bastante motivo, que todo el mundo afease el mal gusto que ha tenido, reduciéndolo á tristeza, en vez de hacer regocijos, no queriendo que en palacio viviese ni aun por indicios, y afuera en los extramuros un tosco alvergue les hizo, donde apartados viviesen, sin ser oídos ni vistos: su esposa le persuadía, que no se mostrase tibio en descubrirse, pues todos afeaban sus delirios: mas él hasta mejor tiempo

Lloraba el rey su desgracia, sin hallar en nada alivio: tanto fue que cayó enfermo, ya de la vista perdido, que con el continuo llanto quedó ciego sin sentido. Vinieron médicos sábios haciendo varios cabildos, hasta que el último acuerdo fue decir, que entre unos riscos en los montes de Esclavonia estaba el único alivio en las aguas de una fuente; mas que había gran peligro por las indómitas fieras que habitan en aquel sitio, que en consiguiendo el traerla tendrá el rey total alivio. Los dos Yernos se ofrecieron, aunque aventurasen sus vidas, y pasen diez mil peligros; esto lo supo el hermano, y sin darle á nadie aviso.

de los tres el primitivo,
y montándose, salió
mas veloz que un torbellino:
fue á la fuente y tomó el agua,
y viniendo de camino
se encontró con sus hermanos
que iban al intento mismo,
y les dijo; caballeros,
ese trabajo es perdido,
que aquí llevo ya el agua,
y aguardo un premio crecido.
Entonces los dos á un tiempo
le dijeron: noble amigo,
nosotros te le daremos
en plata, y en oro fino,
como el agua quieras darnos.
Y prontamente les dijo:
no quiero otra cosa en premio
que dos pera que he sabido
que á ustedes presentó el rey
por favor muy exquisito,
y pues consigo las traen,
esto es lo que en premio pido;
luego se las ofrecieron,
por entrar mas aplaudidos.
Hecho entre los tres el cambio,
se volvieron al proviso;
con la cual cobró el rey vista,
y ellos el quedar lucidos.
Tuvo de allí á poco tiempo
con grandísimo peligro
el rey otra enfermedad,
y médicos muy peritos
no encontraban medicinas,
hasta que el mas sabio dijo,
que en los desiertos de Albania,
entre sus montes altivos,
hay entre sus muchas fieras,
de tanto especie distinto
muchas leonas, si á una
pudieran con artificios
sin darla muerte sacarla
el néctar de su recinto,
era singular remedio,
lo cual no hay otro en el siglo:

por gozar todos los fueros,
salieron bien guarnecidos,
y el hermano al mismo tiempo
se salió al campo, y dió un grito,
llamó á el segundo caballo,
y luego que hubo venido,
se montó aunque disfrazado
con otra forma y vestido.
Llegó al monte, y como iba
con la mágica y hechizo,
pudo coger la leona
sin que de él fuese sentido,
y sacó porcion de leche
á su eleccion cuanta quiso.
Se volvió, y á pocas leguas
encontró los contenidos
hermanos, que deseosos
ser del rey los mas validos,
iban resueltos y osados
por quedar mas aplaudidos.
Luego que se saludaron,
asi les habló, y les dijo:
Amigos, yo ya he logrado
lo que pretendeis vos mismos.
Dícnle que se la diesen
por cuanto fuere servido.
Y el les dijo: caballeros,
luego otorgaré el partido,
si permiten que una oreja
os corte con mi euchillo
á cada uno, y el cambio
se hará sin que haya entredicho.
Al principio este concierto
gran dificultad les hizo;
mas por grangear honores
otorgaron el partido,
pues encubria el defecto
las pelucas y capillos.
Llegaron muy orgullosos,
y fueron bien recibidos
de todos, pues fue la leche
único bálsamo fino
con que recuperó el rey
cuanto tenia perdido;
mas, ó verdadero adagio,

que no hay placer que no tenga
algun sentimiento al juicio.
Sucedió que en este tiempo,
otro rey enfurecido
le puso á Clotardo guerra
con rigor ejecutivo;
se hallaba muy tribulado
por su mucho poderío.
Llamó á sus yernos á solas,
diciéndoles, que su ánimo
era el que fuesen los dos
con silencioso sigilo
á registrar con espías
el campo del enemigo.
Con esta resolucion
los nombró el rey por caudillos,
fiando en ellos la empresa,
como que eran ya sus hijos.
Salieron á ver el campo,
donde el contrario atrevido
esperaba, mas tuvieron
su merecido castigo;
no hacian caso del loco,
dándole siempre al olvido;
mas él de cuanto pasaba
de todo tenía aviso.
Se fue á un desierto, y allí
la misma operacion hizo
llamando al tercer caballo,
y fue armado al proviso
con lucidísimas armas
de acero terceso y bruñido.
Se fue al campo de la lid,
y con invencible brio,
imitando á un Alejandro,
entre los contrarios hizo
estragos tan formidables,
que los dejó destruidos,
ganándoles dos banderas,
y trayéndolas consigo,
encontró á los dos que iban,
que siempre fue su contradizo,
que iban descubriendo el campo;
y hablóles muy comedido:
Amigos, va venis tarde

y así para esta conquista
muy pesados habeis sido,
porque ya por otras fuerzas
quedan muertos y vencidos,
lo cual estas dos banderas,
y de esta espada los filos
para abonar la verdad
son suficientes testigos.
Dijéronle si queria
quedar en extremo rico,
las redujese á monedas,
que pida, y no sea omiso:
dijoles que no estimaba
por ellas ni aun cien bolsillos,
que solamente estimaba,
si querian consentirlo,
señalarlos con un hierro
adonde fuesen servidos,
serán las banderas suyas;
ni las orejas, ni peras
les hicieron tal ruido,
como el considerarse
esclavos sin ser cautivos;
mas; ¡ó codicia avarienta,
ó interes de este siglo!
Por último concedieron,
y él hizo un hierro encendido,
y en la espaldilla siniestra
se los dejó á los dos fijo.
Se fueron con las banderas,
y dijeron haber sido
los que á todos los contrarios
vencieron sin ser vencidos.
Aquí fueron los placeres,
que no es dable referirlo.
Creció con mayor extremo
el ódio y rencor maldito
del rey contra el tercer yerno
por ser hombre tan indigno,
que determinó arrojarlo,
porque jamas fuese visto,
á unas Islas muy remotas;
mas él humilde y propicio
le pidió á el rey por merced

dentro del palacio mismo
se junten todos los grandes,
señores esclarecidos,
para un famoso convite.
Esta súplica le hizo,
que por último consuelo
lo pidió: ya de cumplirlo
se concedió el pedimento
y acudió inmenso gentío.
Fue el que tenían por loco,
y se adornó de un vestido
que su valor y hermosura
fue en grado superlativo,
se afeitó, y quedó su rostro
brotando grana y armiño:
entró dando envidia á todos,
al ver su garbo y su brío:
entonces lo concieron
sus hermanos de improviso,
que les motivó á desmayo
envueltos en sudor frio;
sacó entonces las dos peras,
diciendo: ya no permito
me digan mas vituperios,
que bastantes he sufrido
por mis traidores hermanos.
Yo, gran Señor, soy el mismo
que liberté las princesas,
bien lo saben que yo he sido;
y el mismo que traje el agua,
por lo que hube conseguido
que estas dos peras me diesen:
se dió por verdad lo dicho.
Y ahora quiero que todos
manifiesten sus oidos;
quitáronse las pelucas,
y solo en los dos se vido
que les saltaba una oreja,
y él las sacó del bolsillo,
diciendo, estas son las mismas
que á los dos corté yo mismo
cuando trajeron la leche
que os dió en los ojos alivio,

gran Señor; y para que
queden del todo corridos,
descúbranse las espaldas,
vereis son esclavos míos,
que ahí lo dirán las señales;
este fue el mayor martirio
y vergüenza que pasaron,
manifestar lo escondido.
Y luego en público dixo:
Esto lo he hecho tan solo
porque estos hermanos míos
trazaron la falsedad
que ejecutaron conmigo:
mas para que de mi pecho
conozcan lo esclarecido,
yo los perdono de todos
los agravios cometidos;
y viendo el rey que de todos
aplausos, solo era digno,
le dió un muy estrecho abrazo,
diciéndole: amado hijo,
si hasta aquí te he despreciado,
desde hoy mudo el designio:
tú solo serás de todos
mis bienes hereditivo,
como así fue, que por muerte
del rey gozó el señorío.
No quiso que á sus hermanos
les diesen ningun castigo,
sino que allí se quedasen,
sin que tuviesen dominio
en cosa alguna en palacio,
que estos son los merecidos,
que consiguen los avaros
que emprenden casos indignos;
y así quien todo lo quiere
todo lo pierde, y es fijo.
Don Alonso de Morales,
que este suceso halló escrito
quiso reducirlo á versos
por mandado de un amigo,
pues los que súbditos nacen
obedecer es preciso.